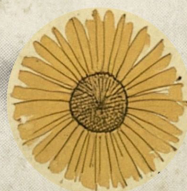


El jugador



Fiódor
Dostoyevski

booket

**FIÓDOR MIJÁILOVICH
DOSTOIEVSKI**

**EL JUGADOR
DE LAS MEMORIAS DE UN JOVEN**

Traducción del ruso y notas

Rafael Cansinos Assens

Prólogo

Luis Alberto de Cuenca



ÍNDICE

PRÓLOGO de Luis Alberto de Cuenca	9
NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN	19

EL JUGADOR

I	23
II	36
III	44
IV	51
V	59
VI	71
VII	81
VIII	90
IX	101
X	113
XI	129
XII	141
XIII	157
XIV	173
XV	184
XVI	198
XVII	210

I

Finalmente, volvía de mi ausencia de dos semanas. Los nuestros llevaban ya tres días en Rulettenburg. Yo pensaba que ellos, sabe Dios cómo, me estarían aguardando, pero me equivocaba. El general parecía la mar de indiferente; me habló con altanería y me envió a su hermana. Saltaba a la vista que, fuese como fuese, se habían procurado dinero. A mí me pareció también que al general se le hacía cuesta arriba mirarme. Marya Filíppovna¹ estaba muy atareada y me habló muy a la ligera; aceptó, sin embargo, el dinero, lo contó y escuchó mi relación hasta el fin. A la hora de comer aguardaban a Mesentsov, a un francés, y también a cierto inglés; así solían hacer en cuanto tenían dinero, en seguida daban comidas a lo moscovita. Polina Aleksándrovna, al verme, me preguntó: «¿Iba a estar allí mucho tiempo?». Y sin aguardar respuesta se fue no sé adónde. Naturalmente que aquello lo hizo adrede. Necesitábamos, no obstante, tener una explicación. Habíanse juntado muchas cosas.

¹ Se ha respetado la costumbre de Rafael Cansinos Assens de acentuar los nombres y apellidos de personajes rusos según la norma española para que el lector sepa cómo pronunciarlos correctamente. Agradecemos a la traductora rusa Nina Petrova-Browning la revisión de las transliteraciones. (*N. de ARCA.*)

Me condujeron a un cuartito, en el cuarto piso del hotel. Aquí todo el mundo sabe que yo formo parte del séquito del general. Por todas las señales se infiere que ellos, a pesar de todo, han logrado darse a conocer. Al general lo tienen aquí por un riquísimo aristócrata ruso. Antes de la comida tuvo tiempo todavía para, entre otros encargos, darme a cambiar dos billetes de mil francos. Yo los cambié en el mostrador del hotel. Ahora nos mirarán como a millonarios, por lo menos durante toda una semana. Yo quería coger a Misha y a Nadya y llevármelos de paseo; pero en la escalera me llamaron de parte del general; había creído oportuno enterarse de adónde íbamos. Este hombre decididamente no puede mirarme a mí cara a cara: de buena gana lo querría, pero yo le contesto siempre mirándole de un modo tan fijo, es decir, tan descarado, que se aturrulla. Con una oratoria muy ampulosa, enredando una frase con otra y haciéndose un lío de pronto, finalmente me dio a entender que me fuera de paseo con los niños a cualquier parte, lejos del *vauxhall*², al parque. Por último, se acaloró del todo, y secamente añadió: «¿Es que va usted a llevarlos a la ruleta? Usted me echa a mí la culpa —añadió—, pero yo sé que usted es todavía más aturdido y capaz de jugar. Aunque en todo caso, yo no soy su mentor ni quiero tampoco desempeñar con usted ese papel, por lo menos, eso sí, tengo el derecho a desear que no me comprometa usted...».

—¡Pero si yo no tengo dinero! —le respondí tranquilamente—. Y para jugar es preciso tenerlo.

—Inmediatamente se le dará —respondió el general, poniéndose un tanto colorado. Fue a su cuarto, se dirigió al

² *Vauxhall*: en la edición rusa *voksal*; antiguamente significaba *jardín de recreo*. En el ruso actual significa *estación de ferrocarril*. La mayor parte de los traductores traducen «Casino». (*N. de ARCA.*)

bureau, consultó un cuadernito y resultó que me debía ciento veinte rublos.

—Como yo calculo —dijo—, es menester cambiarlos en táleros. Pero aquí tiene usted cien táleros: tómelos y cuenta redonda... Lo demás, naturalmente, no lo perderá...

Y en silencio me entregó el dinero.

—Usted supongo que no se ofenderá por mis palabras; es usted tan quisquilloso... Si le he hecho notar, sí, por así decirlo, le advertí, sin duda alguna tengo cierto derecho para hacerlo...

Al volver antes de la comida, con los niños, a casa, me encontré en el camino con toda la partida. Iban a contemplar no sé qué ruinas. Dos magníficos coches; arrogantes caballos. Mademoiselle Blanche, en un coche con Marya Filíppovna y Polina; el francés, el inglés y nuestro general, a caballo. Los transeúntes se detenían a mirarlos; el efecto era estupendo; sólo que al general no le hacía aquello gracia. Yo calculaba que con los cuatro mil francos que yo había llevado, más lo que ellos, por lo visto, habían logrado apanar, tendrían ahora de siete a ocho mil francos: demasiado poco para mademoiselle Blanche.

Mademoiselle Blanche se hospedaba también en nuestro hotel, en unión de su madre, y lo mismo nuestro francés. Los lacayos llamaban a este último «monsieur le Comte»; a la madre, mademoiselle Blanche, «madame la Comtesse»; bueno, pudiera ser que realmente fuesen *comte* y *comtesse*.

Yo sabía ya que monsieur le Comte no había de conocerme cuando nos sentamos a la mesa. El general, sin duda, no pensaba en darnos a conocer o, por lo menos, en presentármelo; pero monsieur le Comte había estado en Rusia y sabía —qué clase humilde de pajarillo es ese que llaman

*uchitel*³. Por lo demás, me conoce de sobra. Pero reconocamos que yo me presenté en la mesa sin que nadie me hubiera llamado; según parece, el general se olvidó de dictar disposiciones que, de otro modo, seguramente me hubieran enviado a comer *à la table d'hôte*. Yo me presenté espontáneamente, de suerte que el general me miró contrariado. La buena de Marya Filíppovna inmediatamente me designó sitio; pero el encuentro con míster Astley me libró, y sin querer resulté formando parte de su sociedad.

A aquel inglés estrafalario lo había yo conocido en Prusia, en el tren, donde íbamos sentados uno frente a otro, cuando yo venía a unirme con los nuestros; luego me lo volví a encontrar viajando por Francia y, por último, en Suiza; en el transcurso de aquellas dos semanas, dos veces..., y ahora, de pronto, volvía a encontrármelo también en Rulettenburg. Nunca en la vida he visto hombre más tímido; es tímido hasta la estupidez, y seguramente se da cuenta de ello, pues no es nada estúpido. Por lo demás, es muy manso y apacible. Yo le obligué a entablar conversación la primera vez que me lo encontré en Prusia. Me manifestó que aquel año había estado en Port Cape y que tenía muchas ganas de ver la feria de Nichevorodsk. No sé cómo haría amistad con el general; me figuro que está locamente enamorado de Polina. Al entrar ésta se puso colorado como la aurora. Estaba muy contento de tenerme con ellos a la mesa, y al parecer, me consideraba ya como amigo antiguo.

En la mesa, el francés asumía una importancia extraordinaria; no reparaba en nadie y estaba muy serio. En Moscú, en cambio, recuerdo que andaba buscando burbujas de jabón. Hablaba por los codos de las finanzas y de la política

³ *Outchitel*: preceptor.

rusas. El general, de cuando en cuando, se permitía contradecirle, pero modestamente, sólo para no comprometer definitivamente su gravedad.

Yo me hallaba en una extraña disposición de ánimo; ni qué decir tiene que hasta mediada la comida tuve tiempo de formularme mi habitual y eterna pregunta: ¿Por qué andaré yo a remolque de este general y no lo habré dejado hace ya tiempo? De cuando en cuando lanzaba una mirada a Polina Aleksándrovna, la cual en absoluto se fijaba en mí. Paró la cosa en que me enfurruñé y decidí ser grosero.

Empecé por iniciar de pronto, y sin ton ni son, en voz alta, y sin pedir permiso a nadie, una conversación extraña. Lo que yo quería, sobre todo, era buscarle camorra al francés. Me encaré con el general, y, de pronto, con voz recia y precisa, y creo que interrumpiéndole, le hice notar que aquel año le era casi imposible a un ruso comer en los hoteles *à la table d'hôte*. El general me asestó una mirada de asombro.

—Si es usted hombre que se estime a sí mismo —proseguí—, en ese caso irremisiblemente provocará cuestiones y tendrá que aguantar extraordinarias impertinencias. En París y en el Rin, incluso en Suiza, en *la table d'hôte* hay tantos polaquitos y tantos franceses que simpatizan con ellos, que resulta imposible hablar una palabra siendo ruso.

Dije esto en francés. El general me miró perplejo, sin saber si enfadarse o asombrarse simplemente de verme olvidar así las conveniencias.

—Eso quiere decir que alguien, en algún sitio, le habrá dado a usted una lección —dijo el francés desenfadada y despectivamente.

—Yo, en París, al principio, tuve una cuestión con un polaco —respondí—, y luego otra con un oficial francés que defendía al polaco. Pero después todo el bando francés se

puso de mi parte al decirles yo que escupía en el café de monseñor.

—¿Escupir? —inquirió el general con grave indecisión y hasta girando la vista en torno suyo. El franchute me miró receloso.

—Así mismo —respondí—. Como yo hacía dos días estaba convencido de que convendría, acaso, dirigirse por un momentito para nuestro asunto a Roma, me encaminé a la secretaría de la Nunciatura del Padre Santo en París para hacerme visar el pasaporte. Allí hube de encontrarme con un abate de unos cincuenta años, seco y tétrico de cara, y que, después de escucharme cortésmente, pero con suma sequedad, me rogó que aguardase. Aunque yo tenía prisa, me senté a esperar, saqué la *Opinion Nationale* y me puse a leer una ferocísima diatriba contra Rusia. A todo esto pude oír cómo a través del cuarto contiguo alguien se acercaba a monseñor, y vi cómo mi abate le hacía una reverencia. Yo me dirigí a él con la misma súplica de antes; él, todavía más secamente, me indicó que aguardara. Poco después entró otro sujeto todavía desconocido, que iba a un asunto, algún austríaco; lo escucharon, e inmediatamente lo condujeron arriba. Entonces a mí me dio aquello mucha rabia; me levanté, me fui derecho al abate y le dije enérgicamente que monseñor podía tomarlo como quisiera, pero que conmigo había acabado. De pronto el abate se apartó de mí con inusitado asombro. No podía comprender, sencillamente, que un insignificante ruso osase ponerse al mismo nivel que las visitas de monseñor. Con el tono más insolente, como alegrándose de poder humillarme, me midió con los ojos de pies a cabeza y exclamó a gritos: «Pero ¿es que se cree usted que monseñor gasta para usted su café?». Y entonces fui yo y le grité todavía más fuerte: «¿Sabe usted una cosa? ¡Pues que yo escupo en el café de monseñor! ¡Si ahora mismo no me despacha usted

el pasaporte, me iré a verlo a él en persona!». «¡Cómo! En el preciso instante en que tiene de visita a un cardenal», exclamó el abatuelo, apartándose con espanto de mí; se lanzó a la puerta y plantose allí, cruzado de brazos, dando a entender que primero se dejaría matar que dejarme pasar a mí.

»Entonces le repliqué que yo era un hereje y un bárbaro: *Que je suis hérétique et barbare*, y que a mí todos aquellos arzobispos, cardenales y monseñores... me importaban un comino. En resumen: que le hice comprender que no me iba. El abate me miró con rabia infinita, luego buscó mi pasaporte y subió con él allá arriba. Un minuto después ya me lo traía visado. «Aquí está. ¿No quieren ustedes verlo?». Saqué el pasaporte y mostré el visado romano.

—Usted, sin embargo... —empezó el general.

—Le salvó a usted el haberse declarado bárbaro y herético —observó con sonrisa irónica el franchute—. *Cela n'é-tait pas si bête!*

—Pero ¿quieren ustedes fijarse en nuestros rusos? Están sentaditos aquí..., no se atreven a resollar y están dispuestos a negar que son rusos. Por lo menos a mí, en París, en el hotel, empezaron a tratarme con más consideración en cuanto se enteraron de mi agarrada con el abate. Un señor gordo, polaco, el más enemigo mío de todos en *la table d'hôte*, quedó relegado a segundo plano. Los franceses mismos cambiaron de talante cuando yo les conté que dos años atrás había visto un hombre al cual un cazador francés, el año doce, le había pegado un tiro solamente por descargar el arma. Aquel hombre sólo tenía entonces diez años, y su familia no había podido irse a Moscú.

—¡Eso no puede ser! —gritó el franchute—; ¡el soldado francés no es capaz de hacer fuego sobre criaturas!

—Pues, sin embargo, así fue —repliqué yo—. Me lo contó un capitán retirado digno de todos los respetos, y yo

mismo pude ver la cicatriz que la bala le había dejado en el carrillo.

El francés empezó a hablar mucho y aprisa. El general se dispuso a secundarlo, pero yo recomendé que leyese, aunque sólo fuese, por ejemplo, trozos de las *Memorias* del general Pervskii, que había vivido el año 12 como prisionero entre los franceses. Finalmente, Marya Filíppovna se puso a hablar de no sé qué para desviar la conversación. El general estaba muy disgustado conmigo por haberme puesto a chillarle al francés. Pero a míster Astley mi disputa con el francés pareció agradarle mucho; al levantarse de la mesa me propuso beber en su compañía un vasito de vino. Por la noche, según procedía, pude conversar un cuarto de hora con Polina Aleksándrovna. Nuestro palique se desarrolló en el paseo. Todos se habían trasladado del parque al *vauxhall*; Polina estaba sentada en un banco frente a la fuente, y Nádenka se había ido a jugar, no lejos de allí, con los niños. Yo también mandé a la fuente a Misha y nos quedamos, finalmente, solos.

Al principio empezamos, naturalmente, a hablar de asuntos. Polina se puso hecha una furia al entregarle yo solamente setecientos gúldenes. Estaba convencida de que le traería de París, por el empeño de sus brillantes, por lo menos dos mil gúldenes, si no más.

—Yo, sea como fuere, necesito dinero —dijo—, y he de encontrarlo; de lo contrario, estoy, sencillamente, perdida.

Yo pasé a preguntarle qué había pasado durante mi ausencia.

—Nada más sino que he recibido de Petersburgo dos noticias: primero, que mi abuelita está muy mala, y dentro de dos días creen que se morirá. Esta noticia la tengo por Timoféi Petróvich —añadió Polina—, que es hombre formal. Guardemos la última y definitiva noticia.

—Efectivamente, ¿aquí todos estarán llenos de expectación? —le pregunté.

—Sin duda; todos hace medio año que no tienen más esperanza que esa.

—¿Y usted también espera? —inquirí.

—Ha de tener en cuenta que yo no soy hija, sino sólo hijastra, del general. Pero sé de buena tinta que se acuerda de mí en su testamento.

—A mí me parece que le deja una buena cantidad —dije con firmeza.

—Sí, ella a mí me quería; pero ¿por qué le parece a usted eso?

—Dígame —contesté con otra pregunta—: nuestro marqués, según parece, ¿está también iniciado en todos los secretos de familia?

—Pero ¿a usted mismo por qué le interesa saberlo? —preguntó Polina, lanzándome una mirada seca y dura.

—¡No faltaba más! Si no me equivoco, el general ha logrado ya sacarle dinero.

—Ha acertado usted del todo.

—Bueno, vamos a ver: ¿y le habría dado ningún dinero de no estar enterado de lo de la abuelita? ¿No ha notado usted... que en la mesa, por tres veces, al referirse a la abuelita, la llamó la *babúlinka*⁴? ¡Qué sencillez y qué trato tan cariñoso!

—Sí; tiene usted razón. En seguida que sepa que me deja algo en el testamento pedirá mi mano. ¿No era esto lo que usted quería saber?

—Pero ¿todavía no lo ha hecho? Yo creía que ya la había pedido.

⁴ *Babúlinka*: abuelita. (N. de ARCA.)

—¡Usted sabe muy bien que no es verdad! —dijo Polina con enojo—. Pero ¿de dónde ha sacado usted a este inglés? —añadió, tras un minuto de silencio.

—Ya sabía yo que no tardaría en preguntármelo.

Le referí mis anteriores encuentros con míster Astley en el viaje:

—¡Es tímido y enamoradizo, y sin duda ya estará prendado de usted!

—Sí; está enamorado de mí —respondió Polina.

—Pues de seguro que es diez veces más rico que el francés. Porque ¿es verdad que el francés posee algo efectivamente? ¿No se presta a la duda?

—No se presta. Posee no sé qué *château*. Anoche, sin ir más lejos, me hablaba de eso el general decididamente. ¿Qué?, ¿le parece a usted bastante?

—Yo, en el lugar de usted, me casaba irremisiblemente con el inglés.

—¿Por qué? —inquirió Polina.

—El francés es más buen mozo, pero peor persona; mientras que el inglés, además de ser un hombre de honor, es diez veces más rico —sentencié.

—Sí; pero, en cambio, el francés... es marqués y más inteligente —respondió ella con el mayor aplomo.

—¿De veras? —continué yo como antes.

—Enteramente de veras.

A Polina no le había hecho ni pizca de gracia mi pregunta, y yo veía que buscaba el enojarme con su tono de voz y la dureza de sus contestaciones; así se lo espeté en seguida.

—Es que a mí, efectivamente, me distrae ver cómo usted se enfada. Solamente por permitirle yo a usted hacerme tales preguntas y acertijos, debería usted pagar.

—Yo, verdaderamente, me considero en el deber de hacerle a usted toda suerte de preguntas —respondí muy tran-

quilo—, precisamente porque estoy dispuesto a pagárselas a usted como quiera, e incluso con la vida.

Polina se echó a reír.

—Usted, la última vez en Schlangenberg, me dijo que estaba dispuesto, a la primera palabra mía, a arrojarse cabeza abajo, y allí creo que estábamos a una altura de mil pies. Alguna vez he de pronunciar esa palabra únicamente por ver cómo le hace honor, y puede estar seguro de que me mantendré en carácter. Usted me es odioso... precisamente por haberle permitido yo tantas cosas, y más odioso todavía por serme tan necesario. Pero, por lo pronto, me es usted necesario... Así que tengo que tratarlo bien.

Se levantó. Había hablado excitada. En los últimos tiempos siempre terminaban nuestros diálogos con furia y enojo, con verdadera furia.

—¿Me permite usted preguntarle quién es esa mademoiselle Blanche? —inquirí, deseoso de no dejarla marchar sin una explicación.

—Usted mismo sabe quién es mademoiselle Blanche. Nada hay de nuevo desde aquellos tiempos. Mademoiselle Blanche está llamada a ser, de fijo, generala... Claro que si se confirman los rumores referentes a la abuelita, porque tanto mademoiselle Blanche como su madre y su primo carnal, el marqués..., saben muy bien que hemos reñido.

—Pero ¿el general se enamoró definitivamente?

—No se trata de eso ahora. Oiga y atienda: tome estos seiscientos florines y váyase a jugar, gane para mí a la ruleta lo más que pueda; me hace falta dinero, sea como fuere.

Después de hablar así llamó a Nádenka⁵, y se dirigió al *vauxhall*, donde fue a reunirse con toda nuestra banda. Yo

⁵ *Nádenka*, lo mismo que *Nadya*, son diminutivos de *Nadezhda* (Esperanza).

me metí por el primer sendero que encontré a mano izquierda, pensativo y maravillado. Me había hecho el efecto de un golpe en la cabeza aquella intimación de que fuese a jugar a la ruleta. Cosa rara: tenía en qué pensar y, sin embargo, iba todo embebecido en el análisis de mis sentimientos hacia Polina. A decir verdad, se me había hecho más ligera aquella ausencia de dos semanas que ahora el día del regreso, no obstante haber venido todo el camino apesadumbrado como un loco, desvariando como un febricitante y viéndola en sueños a cada momento delante de mí. Una vez (fue en Suiza), al quedarme dormido en el coche del tren, me puse, según parece, a hablar en voz alta con Polina, lo que dio motivo de risa a todos mis compañeros de viaje. Y otra vez, ahora, hube de formularme la pregunta: «¿Es que de veras la amo?». Y otra vez no supe tampoco cómo contestarla o, mejor dicho, de nuevo, por centésima vez, me respondí a mí mismo que la aborrecía. Había instantes (y, sobre todo, siempre al final de nuestros coloquios) que habría dado media vida por estrangularla. ¡Juro que si hubiera sido posible hundirle inmediatamente en el pecho un agudo puñal, creo lo habría hecho con placer! Y, sin embargo, juro por todo cuanto hay de sagrado que si en Schlangerberg, en el pico de moda, me hubiera, efectivamente, dicho: «Tírate de cabeza», de inmediato me habría tirado, y hasta con deleite. Lo sabía. De un modo o de otro era preciso decidirse. Todo esto ella lo comprende admirablemente, y la idea de que yo, de manera enteramente segura y precisa, reconozco cuán inaccesible es para mí, toda la imposibilidad de ver realizadas mis fantasías..., esa idea, estoy convencido, le causa extraordinaria fruición, pues de otro modo ella, que es discreta y lista, ¿tendría conmigo esas ingenuidades y franquezas? Yo creo que ella, hasta ahora, me ha mirado como esa emperatriz de la antigüedad, que se

desnudaba ante su esclavo por no considerarlo hombre. Sí; ella muchas veces no me ha tenido por hombre...

Sin embargo, me había dado un encargo..., el de ganar a la ruleta, fuere como fuere. No tenía tiempo para reflexionar. ¿Por qué sería tan necesario ganar tan aprisa y qué nuevas fantasías estarían engendrándose en aquella cabecita, eternamente calculadora? Además, en aquellas dos semanas se habían acumulado día tras día nuevos hechos, de los cuales aún no tenía yo idea. Todo esto era menester averiguarlo, calarlo todo y lo antes posible. Pero, por lo pronto, ahora no había tiempo, era preciso encaminarse a la ruleta.